

CONCIENCIA CRISTIANA Y MORAL NAVAL*

Enrique Cordovez Pérez
Capitán de Navío

INTRODUCCION

Existen unos versos, muy conocidos por todos aquellos que hayan vestido alguna vez la romántica tenida del cadete naval, que aluden al tañir de una histórica campana que llama a una selecta muchachada a cumplir su diario deber, con la inconfundible voz de la conciencia humana.

Ese es precisamente el tema de nuestra reflexión: La relación de causa y efecto que existe entre el comportamiento humano y sus más íntimas motivaciones, las del espíritu.

Motivaciones que son la clave formativa de un largo y cuidadoso proceso que permite, a quienes son sujeto y objeto de esta labor educativa, llegar a compartir un mismo "modo de ser" o cultura organizacional.

El anclaje del conjunto de elementos culturales que se interiorizan durante el paso por la Escuela Naval, es tan profundo, que la mayoría de las veces acompaña al "caleuchano" hasta la muerte y se manifiesta visiblemente ese día con la presencia de fieles amigos que ejercen las más diversas profesiones además de la del marino.

La pregunta espontánea que surge al observar este fenómeno es obvia:

- ¿Qué lazos tan fuertes pueden existir entre estos hombres y perdurar toda una vida, a pesar de sus diferentes actividades e intereses?

La repuesta no es simple porque la realidad humana es de suyo compleja y nuestra propia mirada le añade siempre singulares matices que, no teniendo para todos igual significado, dificultan la explicación. Aun así, intentaremos abordar el problema que nos plantea una segunda pregunta acerca de este mismo tema:

- ¿Es posible que una comunidad de principios tradicionales como la antes dicha pueda subsistir al asedio del relativismo cultural que caracteriza a la sociedad global de la cual formamos parte?

A partir de estas dos grandes preguntas se nos abren de inmediato también dos perspectivas para nuestra reflexión sobre la conciencia cristiana y moral naval: la perspectiva del pasado: el origen de esta expresión cultural, y la del futuro, que dice relación con su destino.

Pero, antes de entrar en estas dos áreas de reflexión tenemos que precisar un poco más las amenazas que se ciernen sobre nuestra cultura en el vertiginoso trajín de hoy, donde, sin darnos cuenta, se nos escurre la vida, aterrorizados por la urgencia de lo contingente. No obstante, la esperanza de lo trascendente es lo suficientemente potente para vencer la contingencia si somos capaces de recordar nuestro pasado, dignificar nuestro presente y no temer a nuestro futuro.

EL CONFLICTO DEL PRESENTE

El éxito económico de los países industrializados y el estruendoso fracaso de la utopía socialista han llevado al mundo a creer en el mito que la evolución de la Humanidad habría alcanzado el cenit de su trayectoria y que ya se habrían detenido las manecillas del reloj ideológico que marcó inexorablemente su paso.

Nada más alejado de la realidad, porque los conflictos siguen ocurriendo en todas las rincones del planeta con un grado de violencia que ha cobrado más víctimas que las ocurridas en la última guerra mundial. Es que el hombre en su naturaleza sigue siendo el mismo ante la diaria

* Texto de la conferencia dictada por el autor en la Escuela Naval "Arturo Prat" el 23 de Abril de 1994.

encrucijada del Bien y del Mal, no importando que sea el amo tecnológico de la postmodernidad.

El mundo de hoy tiene su lado oscuro en el hambre de millones de personas que no se han incorporado a la Sociedad de Bienestar que en Chile hemos empezado a disfrutar progresivamente en las últimas décadas.

Ese lado oscuro no se dibuja sólo en Africa, donde la muerte de 20.000 personas es apenas un número abultado que nos llama la atención en el noticiero de la noche, sino también aquí, en los cerros de Valparaíso, donde vive nuestro "próximo" o prójimo, y en el mejor barrio de Santiago, con una variedad de conductas desviadas que se toleran con liviana comodidad.

¿Dónde está el código de ética que caracterizaba a la sociedad cristiana occidental? No pareciera estar presente entre quienes manejan con asesina agresividad, ni entre quienes peregrinan los domingos, ya no a misa, sino que a gigantescos templos del consumo donde se celebran los más variados ritos del dinero.

El hombre moderno terminó de romper hace un par de siglos con la Sociedad Tradicional que había permitido alcanzar un nivel de convivencia civilizada en la que perduraba el santo temor a dios y se respetaba la voz de la madre iglesia.

El hombre post-moderno, el hombre "light", superó el choque frontal contra la reserva de sentido común provista por el cristianismo durante 15 siglos, y ha materializado hoy una estrategia distinta a la matanza de curas y monjas ocurridas en las épocas de la ruptura del protestantismo capitalista de Inglaterra o en el auge del ateísmo comunista en la propia España.

La amenaza de hoy es más peligrosa y ha desechado tales formas de violencia, porque los mártires siempre han reforzado la fe, desde la época en que los cristianos eran enviados a los leones. El método violento de hoy actúa sobre la cultura, cercenando el atributo que nos distingue de los animales: el libre albedrío; en una vinculación que actúa precisamente de la manera más ingeniosa e inadvertida; haciendo una apología de la libertad sin límites, del derecho de hacer lo que a uno le plazca, despreciando como expresiones culturales antidiliviales al sentido y la voluntad subordinada a la recta razón.

El método es empero violento porque, aún cuando no se percibe la fuerza que lo impulsa, nos obliga de todas maneras a hacer lo que no queremos y además por medios a los cuales no nos podemos resistir. Eso es, ni más ni menos, la manifestación más sofisticada y páfida de la violencia.

El obispo de Santiago denunció hace ya 3 años la transformación de la sociedad chilena en una "sociedad permisiva", cuya creciente inmo-

ralidad se ha ido caracterizando, lamentablemente, por el erotismo malsano y deshonesto, la falta de probidad en la administración y la delincuencia creciente.

Este fenómeno sociocultural, denunciado por la autoridad eclesiástica, inevitablemente se transmite a través de las numerosas redes que comunican al mundo, y al que va transformado en una sociedad global que no sólo tolera la influencia cultural extranjera sino que transige en la moral de su identidad, renunciando explícitamente al propio "modo de ser".

Una clave para interpretar el deterioro experimentado por la moral pública disociada de la doctrina de la fe, es la demoníaca falacia de presentarla como una norma individual de conducta, donde lo bueno o lo malo depende si es concebido por "mi moral" o "tu moral". Tan falso como aquello es el sofisma de diluir la responsabilidad individual de la conducta en el colectivo y atribuir el motivo de la conducta a un "pecado social". Ese es el típico caso del asesino a quien supuestamente la "sociedad habría empujado a matar". Esta pérdida del sentido de la responsabilidad individual y el subjetivo relativismo de la moral son las principales amenazas de la postmodernidad.

El Papa ha señalado claramente que una ley moral no es asunto privado ni subjetivo y que la conciencia es uno de los elementos necesarios para que la orientación al bien sea fuente de una auténtica libertad. "Dar a conocer la vida moral, procurar los medios para reconocer el bien y vivir en la verdad y formar conciencia", son prioritarios en su ministerio espiritual.

Esta cruzada eclesial se proyecta hacia una "cultura popular" que navega con rumbo contrario a la tradición, puesto que sus adherentes le han declarado la guerra a las normas y veneran la fealdad, el horror y la depravación, que son los principales ingredientes de las películas y videos que alaban los más famosos críticos. Hoy por hoy es de muy mal gusto referirse al contenido moral de obras que pasan por alto el Alma y la Naturaleza, ya que el éxito fácil se logra con el goce de los sentidos, la estridencia del ruido y la brutalidad animal.

La cantante Madonna ha ganado gran parte de su popularidad gracias a la constante y deliberada profanación de los símbolos religiosos, imitada recientemente por la cantante Sydney O'Connor al romper una foto del Papa. Hasta la aparentemente inocente serie de dibujos animados de la familia Simpson se burla de la oración al negarse a dar gracias a Dios porque las cosas que tienen las han comprado.

Nuevamente afloran preguntas ¿Es posible desintonizarse de una cultura popular cuando el joven de 18 años ha visto repetirse en la pan-

talla de su televisor 15.000 asesinatos? ¿Es posible revertir el número de violaciones cuyo aumento es directamente proporcional a la circulación del material pornográfico? ¿Es posible rescatar a los jóvenes drogadictos que por docenas destruyen diariamente sus neuronas al fumar cigarrillos con pasta base sentado en la plazuela Ecuador? No sólo es posible, es nuestro deber de cristianos.

LA RIQUEZA DEL PASADO

La historia de la humanidad registra un proceso evolutivo a través del cual el hombre logró salir del estado primitivo, en el cual vivía al interior de las cavernas, para llegar a asomarse, hace ya varias décadas, al espacio exterior. Aparentemente, este proceso se explicaría por el progreso material que marcan los paradigmas de Ptolomeo, Newton y Einstein, pero, esencialmente, se debe al cambio radical en los usos y costumbres, en la "mores" o moral, provocado por el reconocimiento explícito de la relación entre el hombre y Dios, entre Dios y el hombre, el "religare" de estas dos entidades que le da sentido a la palabra religión.

El judaísmo, como principal religión monoteísta en el medio del camino entre Oriente y Occidente, modificó la barbarie existente hasta entonces al imponer la ley del Talió, morigerando así el uso desmedido de la fuerza y limitándolo a infringir un daño semejante al recibido. Cristo marcó el inicio de la civilización que lleva su nombre al predicar una doctrina del amor, en la que, al colocar la otra mejilla se devuelve el Bien por Mal, y donde, el triunfo sobre la muerte lo permite sólo la infinita generosidad del hijo de Dios que ofreció su vida por todos nosotros.

Desde la antigua Grecia el hombre había venido buscando un "género preferible de vida", como el planteado por Aristóteles, donde la felicidad está siempre en proporción de la virtud y de la prudencia y de la sumisión a las leyes de éstas. Esa ética politeísta había reconocido ya los universales del Bien, la Verdad y la Belleza, universales que pueden remitirse a las dimensiones espiritual, intelectual y material del ser humano. Para ellos, la verdad es la motivación cardinal de la lógica, que se constituía por el estudio, la reflexión, la experiencia, la intuición y la razón, mientras que la belleza era una motivación centrada en el equilibrio y en la admiración estética, que hacen "bellas a las cosas que lo son".

Pero, la historia nos enseña que hubo un tránsito y un cambio progresivo entre el "ethos" de los griegos y la "mores" romana. No fue sólo el cambio de los nombres de dioses, como el de Poseidón por Neptuno o el de Afrodita por

Venus, sino que, el verdadero cambio, se produjo gracias al "apostolado" — en su significado griego de expedición a través del mar — que transportó la semilla cristiana desde las costas de Palestina hasta el Jónico y el Adriático y le dio, con la fuerza de San Pablo, un nuevo sentido a la vida de los entonces primeros cristianos. Este cambio cultural se consolidó más tarde en el Sacro Imperio Romano Germánico, que se mantuvo por un milenio, hasta la caída de Constantinopla y el cisma con la iglesia ortodoxa de Oriente.

La apasionante historia del cristianismo relata la subsistencia en ese período de sus "Principia", a pesar de los bárbaros que asolaron toda Europa, a pesar de los árabes expulsados de Granada o de los turcos detenidos en Lepanto, a pesar de algunos de los excesos de algunos pontífices romanos y de la descomposición de algunas ordenes religiosas en la alta Edad Media; y a pesar de todo ello, la vigencia de los principios cristianos en la conciencia colectiva se mantuvo, y ello sólo se explica gracias a la infinita misericordia divina.

Antes de seguir avanzando en el rico pasado del substrato histórico cultural de nuestra conciencia cristiana de hoy día, es preciso detenerse a observar el papel jugado en el desarrollo del catolicismo por dos padres intelectuales de la iglesia, tan importantes como San Pablo, que son San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Si bien el apóstol Pablo había divulgado la fe con el carisma de su personalidad, San Agustín contribuyó a la causa divina con la certeza de su juicio y Santo Tomás de Aquino con la claridad y profundidad de su pensamiento. Este último aportó elementos de la lógica que, en su conjunto, permiten que el intelecto del hombre atisbe someramente la realidad que constituye su eterno problema y su indescifrable misterio; su dualismo espiritual/material.

La redención de toda la Humanidad y no sólo del pueblo judío, gracias al renovado sacrificio de Cristo, se afincó culturalmente en el mundo antiguo con las cartas y visitas de San Pablo a sus diócesis; se consolidó como institución social al desterrarse la herejía de la "Ciudad de Dios", custodiada con férrea disciplina por San Agustín; y terminó de asumir su destino universal o católico con la Summa Teológica de Santo Tomás de Aquino, quien la edificó sobre la base del pensamiento aristotélico.

Desde ese tiempo a la fecha, la Iglesia ha podido constatar que no hay doctrina moral que coincida tan bien con la moral revelada por Cristo como la de la Ley Natural. A nadie debe sorprender entonces que la fe y la razón coincidan, ya que ambas se remontan a una misma fuente de verdad: Dios.

El catolicismo sigue la tradición aristotélica en el sentido que en moral opera la "razón práctica", la que no da jamás soluciones tan nítidas y rígidas como la "razón teorética", que está detrás de las matemáticas y otras ciencias exactas. De allí que la Ley Natural exprese el sentido moral original que permite al hombre discernir mediante la razón lo que es el Bien y el Mal, la verdad y la mentira. La Ley Natural, presente en el corazón de todo hombre y fortalecida por la razón, es universal en sus preceptos y su autoridad se extiende a todos los hombres, sin distinción de sexo, raza, credo o condición social.

Esta es la invaluable riqueza de nuestro remoto pasado, traído por España hasta las costas de América, en otro gran apostolado, a fines del siglo XV, para constituir el substrato católico de la identidad de los países que conforman la Iberoamérica como unidad histórico-cultural.

De acuerdo con esa definición de nuestro origen es un grosero error insinuar que la doctrina católica sobre la ley natural sea rígida. Es simplemente la verdad. Y no hay dos verdades, como no puede haber tantas morales como personas, ya que de aceptarlo se caería en las falacias señaladas al inicio de esta reflexión. Sólo hay una voz que toda persona escucha en el silencio de su propia interioridad y esa es la incorruptible voz de la conciencia humana.

Sin embargo surge la duda ¿Cómo reconocer esa voz y no engañarse con una versión falsa y acomodaticia a nuestros insaciables deseos? En el sentido moral la "conciencia" es un juicio práctico que dicta la razón sobre la moralidad de un hecho que vamos a ejecutar o ya hemos ejecutado. Para asegurarse que ese juicio sea recto y no erróneo, debe ser un acto de la mente y no de la voluntad, el que además exige interioridad para dictar sentencia. De ocurrir así la conciencia será "cierta" y no "dudosa", se evitará caer en formas de conciencia que juzgan con exceso de tolerancia o estrechez mental, que acusan de manera farisaica, buscando la paja en el ojo ajeno, y que se mantienen dormidas o permanecen impasibles frente al error y al pecado.

A estas alturas de nuestra reflexión podríamos contar ya con una respuesta a la primera interrogante que formulamos.

La formación del cadete naval es antes que nada la formación de un criterio moral, profundamente afinado en el corazón, y que constituye la base de un conjunto de significados compartidos, cuya maduración le hará desarrollar el sentido de pertenencia a esa comunidad de fines trascendentes conocida como "familia naval".

En una carta a todos lo oficiales, fechada en mayo de 1987, el Almirante reflexionaba que desde

la más tierna edad se nos ha inculcado que Dios, Patria y Familia constituyen un Principio de vida y son la principal salvaguarda frente al materialismo moderno o postmoderno, el cual pretende destruir el don más preciado que tiene el hombre: el AMOR.

El amor a Dios y al prójimo son pues el Norte verdadero del apostolado cristiano, del amor a la Patria que alimenta el servicio altruista al Bien Común y de la amistad a toda prueba entre quienes tienen el honor de vestir este uniforme, símbolo sagrado de un gloriosa tradición.

LA ESPERANZA DEL FUTURO

La famosa novela de ciencia ficción "Fahrenheit 451" imaginó que la sociedad hiper tecnologizada del mañana había proscrito la lectura y los bomberos quemaban libros en, vez de apagar incendios, a fin de reducir la violencia por la vía de negar la exaltación de las pasiones y sentimientos del hombre. Se aseguraba así una vida tranquila, pero plana, gris y desabrida, de la cual logra escapar el protagonista, un bárbaro que se había robado un libro. Termina el relato cuando este fugitivo del sistema central se une en los extramuros de la ciudad a una serie de pordioseros y advierte que todos llevaban nombres de autores de libros clásicos, los que se había aprendido de memoria para preservarlos de la destrucción y poder transmitirlos a las futuras generaciones, rescatando de esa manera siglos de civilización.

Esta es una bella imagen del significado vital que tiene el autor de traspasar el testimonio de la verdad de una generación de marineros a otra que vive la inolvidable experiencia de ser cadete naval. Algunos movimiento pacifistas han tratado de plantear una contradicción real entre el servicio de las armas y la doctrina cristiana, como si nunca hubieran existido las Cruzadas e innumerables batallas libradas en defensa de la fe.

Al respecto, nada más ilustrativo que el discurso de Juan Pablo II a unos militares acuartelados en Roma en 1990 y del que estas dos citas, sobre la vida militar, demueven toda crítica mezquina y necia al respecto:

"La misma disciplina que acompaña la vida militar, al robustecer el carácter, os ayuda a rescatar vuestros proyectos de cualquier caída veleidosa y a saber orientar vuestros esfuerzos físicos y morales hacia metas altas y nobles que vale la pena vivir en plenitud".

Agrega más adelante...

"Al dedicar vuestra vida o parte de la misma a salvaguardar la seguridad de la Patria y la inde-

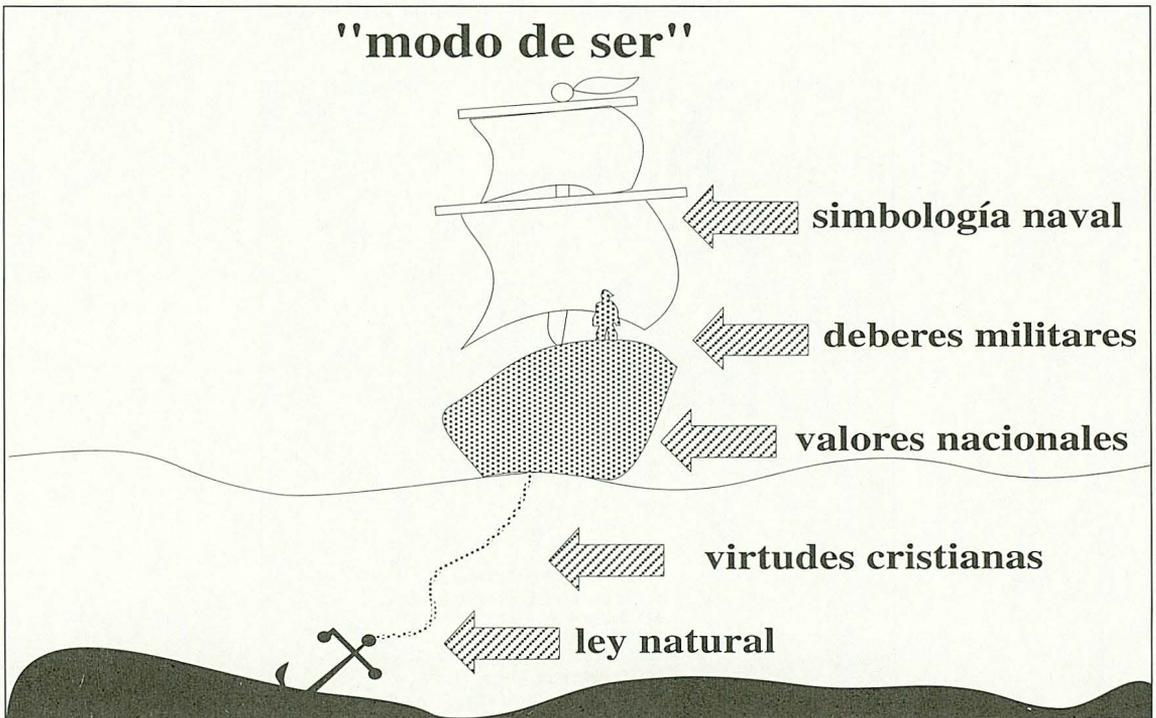
pendencia de sus instituciones, la memoria colectiva de la Nación y la libertad de todos, vosotros, los jóvenes, aprendéis a descubrir la comunidad como el lugar del crecimiento personal y a realizar vuestra libertad como efectivo don de sí y servicio al prójimo”.

Estas palabras del Papa manifiestan el espíritu de todo aquel que haya puesto atención a la voz interior de la vocación militar. Ahora bien, la vertiente marinera de la vocación del marino le permite representar, además, ese sentido apostólico de la fe, que se remite a los orígenes del cristianismo en la antigüedad y a la expansión moderna del catolicismo, diseminada siempre a través de las rutas abiertas por la navegación.

Gracias a Dios, nuestra cultura organizacional se caracteriza por su fortaleza y nos da confianza para mirar el porvenir. Basta tomar conciencia que el texto moral de la Ordenanza de la Armada se remonta a las ordenanzas del Rey Carlos III a

los ejércitos de España y recordar que nuestra simiente cultural se constituye con la dignidad de Blanco Encalada y la rectitud de Cochrane, en una trenza hispano-británica cuyo tercer cordón lo constituye la caballeridad de Prat; paradigma del heroísmo nacional y de un modelo de vida en el cual se expresan dones que le permitieron testimoniar las más excelsas virtudes.

La calidad moral de quienes nos han precedido en la profesión naval chilena nos permite valorar el significado de ese “modo de ser” tan particular que distingue al cadete naval de ayer, de hoy y de siempre: Aquel que se mantiene fiel a los elementos culturales que animan su vocación y reclaman su compromiso. A continuación se ilustran en la siguiente figura marinera los elementos, visibles e invisibles, que estructuran simbólicamente la relación de causa efecto entre conciencia cristiana y moral naval.



Todos estos elementos culturales se hallan descritos detalladamente en el Capítulo V de la Ordenanza de la Armada "Moral Naval", y son un reconocimiento formal y auténtico del legado espiritual que emerge de 180 años de historia naval y dos milenios de cristianismo.

Para responder a la segunda pregunta inicial, tenemos que recurrir a la "razón práctica" en la

que se funda el acervo de la conciencia cristiana. Nada mejor que el testimonio recurrente de jóvenes guardiamarinas que escribieron a sus hogares desde el extranjero rechazando diferentes formas de materialismo en sociedades contemporáneas de diferente signo.

Así ocurrió en el viaje de instrucción del curso del Almirante Huerta a EE.UU., en 1936, cuando los guardiamarinas criticaron el individualismo de la sociedad de consumo de pre-guerra.

Así ocurrió en el viaje de instrucción de las promociones de 1971 y 1972, cuando los guardiamarinas criticaron el materialismo brutal del colectivismo impuesto en Rusia, China y Cuba con el pretexto de instaurar la dictadura del proletariado.

Así ha ocurrido en los viajes de instrucción de los últimos años a Europa cuando los guardiamarinas han criticado el relativismo moral que

consume a las ciudades industrializadas que aparecen en la vanguardia política y económica.

Estos testimonios nos dan confianza que en el futuro, con la ayuda de Dios, la selecta muchachada que ustedes encarnan hoy mantendrá, con mano firme, el rumbo verdadero que a todos nos demanda una tradición de rectitud y de honor.

Bibliografía :

- Barros M., Joaquín : Conferencias de Moral.
- Holley M., Hernán : Algunas Consideraciones sobre la Etica.
- Huerta D., VA. Ismael : Volvería a Ser Marino.
- Johnson, Paul : Historia del Cristianismo.
- Medved, Michael : La Cultura popular y la guerra contra las normas.
- Merino C., Augusto : Algunos Moralistas Católicos.
- Merino C., A. José Toribio : Carta 1/87.
- Oviedo C., O. Carlos : Moral, Juventud y Sociedad Permisiva.

